

Enrique Javier de Lara
Cerezas

XXX Premio Felipe Trigo
de Narración Corta

algaida



Un jurado presidido por Jesús Sánchez Adalid y compuesto por Rosario Acero Horrillo, Inés María Díaz Molina, Consuelo Pineda Pizarro, Eduardo Elías Rosenzvaig, Mariano Catoni, Lola Naranjo Fernández, Antonio Sáez Delgado, Isabel Román Román, Almudena de Arteaga del Alcázar y Francisco Andújar Gallego otorgó a *Cerezas* de Enrique Javier de Lara el XXX Premio Felipe Trigo de Narración Corta, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2012

© Enrique Javier de Lara Fernández, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-703-1

Depósito legal: M. 42.269-2011

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Por culpa de que María José, María, José Ramón, Gabriel
y por supuesto Manuela, que es quien más me sufre,
el presente relato contiene menos incorrecciones
y por lo tanto mayores merecimientos.
Gracias por vuestra colaboración.*

UNO

Hombre

AL BAJAR DEL AUTOBÚS, SE ENGANCHÓ LA manga del abrigo con el perfil desoldado de una de las portezuelas y sintió el característico sonido de la tela al romperse. Dejó escapar un quejido de fastidio, examinó el considerable rasgón producido por la dichosa portezuela y miró inquisidor al conductor. Éste se había percatado del accidente, pero por respuesta no hizo más que ensayar un gesto de indiferencia encogiendo los hombros. Hombre barbotó una tímida reclamación, a la que el conductor respondió con otro mohín despectivo y se dispuso a reiniciar la marcha. Aturdido aún por la rapidez con que se habían producido los acontecimientos, Hombre volvió a mirarse la destrozada manga e hizo un cál-

culo mental de los libros que debería entregar hasta poderse comprar un abrigo nuevo. Como las cuentas no le salían, puesto que el volumen de trabajo no le permitiría estrenar el pretendido abrigo antes de mediado el verano (circunstancia ésta que de producirse le pareció absurda), calculó entonces los clientes que tenía que captar, con el pedido correspondiente incluido, para conseguir su propósito a la mayor brevedad. Con esta variante, si la cosa iba medio bien, quizá en primavera... Pero para la primavera, probablemente tampoco le haría falta un abrigo. Recordó que su ex mujer, en ocasiones, había llevado a arreglar ropa a una modista que cobraba poco y trabajaba bien, pero Hombre no sabía donde encontrar a la modista. Pensó que Dora, su ex mujer, se enfadaría si la llamaba para preguntarle la dirección de la modista; ella siempre se enfadaba por tonterías así. Además, Hombre estaba seguro de que su ex mujer aprovecharía la ocasión para reclamarle el incremento de la pensión, que habían acordado de manera verbal después de lo del divorcio. Por todo ello, Hombre decidió

que lo más juicioso sería preguntar lo de la modista a su hija mayor; de esta manera no tendría que enfrentarse a una más que probable reprimenda y a la reclamación de un dinero que no tenía. Entre tanto, a Hombre se le ocurrió una solución de emergencia; se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un pañuelo. Después se recompuso como pudo la manga rota y se ató el pañuelo al antebrazo a modo de brazalete. Si a alguien le llamaba la atención la banda blanca en su brazo, se dijo, podrían pensar perfectamente que se trataba de un voluntario de una organización humanitaria, o de un miembro de una ONG, o de un representante de una secta religiosa, o, por qué no, de un diplomático, o puede que de un observador internacional de... Hombre se sonrió por la ocurrencia y echó a andar.

Le llamaba la atención el barrio que tenía asignado, lo percibía a semejanza de él: común, avejentado, impersonal, falto de presente, sin rastro de un venturoso pasado, de cualquier pasado. Se paró delante de un escaparate que

reflejaba su imagen y se observó. No era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; pasaba desapercibido. Bueno, mejor así, pensó.

El barrio no era un ejemplo de crecimiento racional; de hecho no encajaba en ninguna etapa de crecimiento sino que, más bien, pertenecía a la inercia especulativa. Podría afirmarse que el barrio también pasaba desapercibido.

Hombre no era muy mayor, andaría por los cincuenta y cinco años; como el barrio, que era, he de insistir, un barrio de esos que uno encuentra en cualquier ciudad, un barrio de mediana edad, un barrio de polígonos regulares, excesivamente regulares, de ladrillo descolorido, de fachadas agrisadas, un barrio, en definitiva, huérfano, inclusero, una anónima e irracional consecuencia; como Hombre.

Quede claro, por lo tanto, el austero aspecto físico de Hombre: barba afeitada, pelo canoso corto y peinado a raya sobre la oreja izquierda (demasiado próxima a la oreja izquierda), manos cuidadas con las uñas razonablemente arregladas, traje usado aunque correcto..., lo justo.

Así mismo, aquí y allá, el barrio conservaba pequeños retazos de los pulcros jardines que un día exhibiera, algunos bancos que resistían, mal que bien, la acción del tiempo, farolas pasadas de moda pero en su mayoría con los plafones de los focos sin romper y aceras parcheadas pero transitables.

El barrio, en su momento, había sido publicitado como un barrio ideado para acoger a las nuevas generaciones, un lugar prometedor (prometedor según aquellos que siempre prometen lo comprometedor) e iluminado por un sol que se colaría a través de las ventanas de cada vivienda, para insuflar energía a la pujante sociedad de una época que ahora se antojaba fosilizada. Resumiendo, que la sensación que producía aquel barrio era la de haber sido engullido y constreñido por otros barrios más modernos. Tal vez fuera esto, lo que desencadenó el creciente desasosiego que hizo presa de Hombre, a medida que se internaba en él.

Hombre notó que se le iba la cabeza y, en un acto reflejo, buscando refugio, autoprotec-

ción, se retrotrajo en sí mismo, o lo que es igual, se encogió en su cuerpo que hacía tiempo comenzara a hacerlo, a encogerse, víctima del fracaso y de la desilusión; condicionantes que le habían acelerado ese natural proceso por el cual, antes o después, todos vamos cayendo en las redes de la edad; de una achacosa edad en su caso, que afloraba a través de sus ojillos expresivos pero miopes, ojos que se ayudaban para verlo todo, más o menos correctamente, de esas gafas un tanto obsoletas que también le hubiera gustado sustituir por unas nuevas.

Hombre se preguntó si lo que le sucedía es que era un hombre con mala suerte, o si es que el destino común, el de la mayoría, era un poco así, anodino como el suyo. Se encogió otra vez (ahora sólo de hombros), resignado, puso un pie sobre la tabla carcomida por la humedad de un banco ensayando un ángulo recto con su pierna y apoyó sobre ella la cartera en la que guardaba las fichas de los clientes, para echar un vistazo y decidir por donde comenzaría el trabajo.